

La nave de Nausicaa
Poemario por Marga López Díaz

Colección Las Ofrendas
Escuela de Estudios Literarios
Facultad de Humanidades, Universidad del Valle
Santiago de Cali, septiembre de 2011
ISBN: 978-958-670-923-1

Reseñado por: Julián Malatesta

Sentimiento y razón¹

De la vieja disputa entre sentimiento y razón que fatigó tantos espíritus y suscitó arduas pesquisas sobre ese aliento vital que conduce a la obra de Arte, y que de algún modo la modernidad denunció poniendo en franco desuso el avieso vínculo con los poderes sobrenaturales, recibimos de ofrenda una herencia de moldes literarios con los cuales los poetas de diversas épocas registraron su aplicación consciente al trabajo poético, disminuyeron la superstición según la cual la poesía era un asunto de musas, un diálogo inesperado y fortuito con la divinidad y propia de seres escogidos. El sentimiento más elevado del hombre era atributo de Dios y sólo Él, el innumerable, guiaría la escritura. Muy pronto los poetas advirtieron que la forma en que la obra debía acontecer le pertenecía sólo a los poderes humanos, era la razón del creador hurtada al creador del origen. La jornada cruzó los siglos hasta que de sublevación en sublevación le fue sustraída a la divinidad lo que aún era de su dominio, el gobierno de la sensibilidad.

Los poetas habían descubierto que la forma era el contenido y que sentimiento y razón asistían con los mismos privilegios al taller del orfebre. Desde los hexámetros, yambos, ditirambos y trenos, las jarcias medioevales, cantos ejecutados con reglas exigentes, hasta los mesteres de juglaría y los mesteres de clerecía, se delata en el hacer poético una intención racional que distancia al poema de la espontaneidad y de su forzosa sujeción a los arcanos. Pero es en el Renacimiento y, de modo especial para nuestra tradición, en el Siglo de Oro Español, donde los poetas se aplican en la construcción de formas y metros que ligan al creador con su obra y lo despojan aún contra su voluntad de las cadenas

invisibles del numen, así el bardo se confiese devoto de los poderes divinos. El villancico, el zéjel, la canción, el madrigal, la sextina, el romance, la silva, formas ajustadas a reglas y determinadas en muchas ocasiones por eventos de la cultura, son su legado.

De todas estas formas, una de mayor tráfico entre nosotros logró salir airosa de los avatares de las confrontaciones: el soneto. De ese lejano encuentro en Granada entre el dandi y diplomático italiano Andrea Navajero con Juan Boscán, en un día de 1526, nos quedó el soneto, técnica que se practicaba en Italia y que el poeta, que nunca fue diestro en él pero que consiguió logros superiores a los del Marqués de Santillana –hoy reconocido por su medianía literaria–, puso en conocimiento del gran poeta de la lengua española, Garcilaso de la Vega, quien habría de difundir la extraordinaria forma métrica de los dos cuartetos y los dos tercetos. La fórmula versal que cruzó la frontera y benefició la tradición poética en lengua castellana fue el endecasílabo, verso de uso exclusivo de grandes poetas italianos como Gianni, Dante, Petrarca. Su música constituida por un juego de alternancia de acentos renovó la poética española anclada en el octosílabo; produjo un camino de salida de los cancioneros populares y guió la poética, de la mano de este extraordinario artefacto, conocido como soneto, a un lugar donde podría unirse la dimensión lírica activada por la relación sensible con la naturaleza, una especie de mimesis primaria, con los fecundos procesos de creación del pensamiento.

En el soneto se reúne de un modo explícito el sentimiento y la razón. Las vanguardias enfrentadas a la preceptiva literaria y a todas las expresiones que implicaran una coerción normativa en la ejecución de la obra de arte, lograron retirar de sus

¹ Reseña recibida el 2 de mayo, aprobada el 29 de mayo de 2012.

atavismos y de su desconcertante utilería, la rima y la métrica; sin embargo, el soneto sobrevivió a sus veleidosas agresiones, así descubrimos a Neruda destrozando sus reglas de composición al mismo tiempo que humilde le rendía tributo. Son memorables los sonetos ocultos en el poemario *Trilce*, emblema de la vanguardia latinoamericana. César Vallejo los descompone de tal modo que, a los ojos del lector desaparecen sus medidas, pero se conserva la compleja relación entre el sentimiento y la razón en la que el poeta peruano laboraba con exquisitez y riguroso deleite, no obstante, en mi criterio, aflige en estos ejercicios la liquidación de la música, que como decía Paul Valéry, *es la más pobre de todas las músicas, pero es nuestra música*. En Jorge Carrera Andrade, el poeta ecuatoriano, percibimos el uso de esa herencia y sobre todo su aplicación a los endecasílabos. El joven Borges se pronunció, en aquellos sugestivos manifiestos del Ultraísmo, contra las formas métricas y muy pronto devolvió sus pasos conmovido ante esa extraña combinación de cálculo y armonía. Tal como lo advirtió Dámaso Alonso: La fórmula está ya hallada en los introductores del *dolce stil novo*. Produce en seguida esa maravilla primaveral: el soneto de Dante.

Poco después, esa criatura apasionada y exacta: el eterno soneto en que resuena el nombre de Laura. Pero en el fondo se trata de un juego, de un pueril artificio. Morirá en seguida... Debe morir enseguida... Nada de eso. La extraña criatura seguirá viviendo, seguirá extendiéndose por el mundo. Será nostalgia temblorosa en Garcilaso, apasionada ternura en Camoens, frenética y lujosa complicación en Góngora, ímpetu vital y salada gracia en Lope de Vega, hiriente sentencia, o zarpazo, en Quevedo. Invadirá el mundo, y con las mínimas modificaciones necesarias temblará otra vez de amor y de belleza en Ronsard y en Shakespeare, imprecará desgarradamente a Dios en Antero de Quental. Y pasarán los años y los años, irán modas, vendrán modas, y ese ser creado, tan complicado y tan inocente, tan sabio y tan pueril, nada, en suma, dos cuartetos y dos tercetos, seguirá teniendo una eterna voz para el hombre, siempre igual, pero siempre nueva, pero siempre distinta. La audacia de Marga López, que celebramos en su

libro *La nave de Nausicaa*, consiste en instaurar de nuevo, y de forma pública, el vínculo con ese sobreviviente artefacto de todas las alevosías que es el soneto. La poeta se sitúa en el verso endecasílabo y nos ofrece un conjunto de poemas donde acude con igual premura el paisaje, la celebración de los cambios, la vida cotidiana, los atónitos sucesos que enriquecen la memoria de los viajeros, las geografías del pasado que nos legaron la tierra que hoy somos, los descubrimientos que orientan nuestra ciencia, la religión y sus devociones. Así leemos en Hildegarda de Bingen.

Atravesar el Rin en armonía
y ver a Dama Caridad ligada
a la divinidad, oír el día
de Adán y el ángel en la piedra hablada.

Estos sonetos de factura ortodoxa –no obstante el legado modernista que hacía música con la asimetría de los acentos, disonancias célebres por la ubicación sonora de las palabras esdrújulas, de uso breve y cauteloso en Marga–, se sitúan en cualquier lugar de la memoria, toman de la anécdota el más olvidado vestigio, y la poeta con maestría le recobra su significado y lo pone en común para nosotros sorprendidos lectores que nos enteramos, como si fuera la primera vez, de un extraordinario suceso.

Hipatia

Biblioteca de Alejandría año 414 d.c.
Lee a Aristarco y deja en el armario
el rollo de papiro escrito en griego.
Ya entendió el movimiento planetario,
cada órbita al sol, arco andariego,
abisal llama fruto solitario.
En el jardín, un canto solariego
le enseña en flor la luz del herbolario.
Pasa al observatorio, canta, luego
recita en alta voz un silogismo
en la gran sala de filosofía.
Sabe la honda justa del guarismo,
toma a Esquilo y presiente la jauría.
Sajada en el horror... ve en espejismo
su carruaje hacia el mar, de Alejandría.

Del mismo modo canta al amor y aunque el tema siempre zozobra por ser un tópico delicado que bordea la trivialidad y porque se halla atrapado en una forma de origen lejano, logra introducirnos en versos donde las palabras se desdoblan y con cierta picaresca intercambian sus sentidos, un juego de estirpe vanguardista, asombrosa huella encontrada en Lope de Vega, que la poeta, quizá inconsciente no puede eludir, pero que pertenece a nuestro modo de ejercer el oficio hoy.

Mañana

Te invito a mañanar amor ahora,
al sábado de hoy en mayo, quiero,
una amañada y boreal aurora
hecha de junio y lunes, vos y enero.
No mañanamos viernes, se demora
abril en florear, tarde en su esmero
una fiesta de jueves a deshora,

un miércoles de marzo mañanero.
Mañanemos un martes, julio llega,
zarpemos en agosto hacia la casa.
La luz de nuestro amor es andariega
y en mañanares nuevos nos enlaza.
Hoy es un mañanar, el día juega.
Mañanemos amor... diciembre pasa.

El rigor de la forma es superfluo sin la libertad creadora, sin la voluntad de construir un mundo que nos redima del mundo, y la libertad creadora es fútil si no encuentra la forma adecuada para su acontecimiento. Decía Zaratustra: *La libertad del esclavo se llama rebeldía, la libertad del guerrero se llama obediencia*. Marga López nos hace una ofrenda que enaltece la poesía colombiana, pone a prueba su talento y su sensibilidad, se exige en su condición de guerrera donándonos estos bellos sonetos que tienen la facultad de unir el júbilo y el pensar.